

Las CRÓNICAS de  
**NARNIA**

C. S. LEWIS

El príncipe Caspian



Un príncipe lucha por su corona, al tiempo que descubre la verdadera historia de su pueblo, los telmarinos, unos auténticos piratas terrestres... Los Pevensie acuden a Narnia de nuevo para ayudar a un príncipe al que se ha negado el trono que legítimamente le corresponde. Caspian reúne un ejército para liberar a su país de un rey desleal. Un combate de honor entre dos hombres solos decidirá el destino de todo un mundo.

*Para Mary Clare Havard*

# Capítulo 1

## La isla

Había una vez cuatro niños llamados Peter, Susan, Edmund y Lucy que, según se cuenta en un libro llamado *El león, la bruja y el armario*, habían corrido una extraordinaria aventura. Tras abrir la puerta de un armario mágico, habían ido a parar a un mundo muy distinto del nuestro, y en aquel mundo distinto se habían convertido en reyes y reinas de un lugar llamado Narnia. Mientras estuvieron allí les pareció que reinaban durante años y años; pero cuando regresaron a través de la puerta y volvieron a encontrarse en su mundo, resultó que no habían estado fuera ni un minuto de nuestro tiempo. En cualquier caso, nadie se dio cuenta de que habían estado ausentes, y ellos jamás se lo contaron a nadie, a excepción de a un adulto muy sabio.

Había transcurrido ya un año de todo aquello, y los cuatro estaban en ese momento sentados en un banco de una estación de ferrocarril con baúles y cajas de juegos amontonados a su alrededor. Iban, de hecho, de regreso a la escuela. Habían viajado juntos hasta aquella estación, que era un cruce de vías; y allí, unos cuantos minutos más tarde, debía llegar un tren que se llevaría a las niñas a una escuela y, al cabo de una media hora, llegaría otro en el que los niños partirían en dirección a otra escuela. La primera parte del viaje, que realizaban juntos, siempre les parecía una prolongación de las vacaciones; pero ahora que iban a de-

cirse adiós y a marcharse en direcciones opuestas tan pronto, todos sentían que las vacaciones habían finalizado de verdad y también que regresaban las sensaciones provocadas por el retorno del período escolar. Por eso estaban un tanto deprimidos y a nadie se le ocurría nada que decir. Lucy iba a ir a un internado por primera vez en su vida.

Era una estación rural, vacía y soñolienta, y no había nadie en el andén excepto ellos. De improviso Lucy profirió un grito agudo, como alguien a quien ha picado una avispa.

—¿Qué sucede, Lu? —preguntó Edmund; y entonces, de repente, se interrumpió y emitió un ruidito que sonó parecido a «¡Ou!».

—¿Qué diablos...? —empezó a decir Peter, y a continuación también él cambió lo que había estado a punto de decir, y en su lugar exclamó—: ¡Susan, suelta! ¿Qué haces? ¿Adónde me estás arrastrando?

—Yo no te he tocado —protestó ella—. Alguien está tirando de mí. ¡Oh... oh... oh... basta!

Todos advirtieron que los rostros de los demás habían palidecido terriblemente.

—Yo he sentido justo lo mismo —dijo Edmund con voz jadeante—. Como si me estuvieran arrastrando. Un tirón de lo más espantoso... ¡Uy! Ya empieza otra vez.

—Yo siento lo mismo —indicó Lucy—. Ay, no puedo soportarlo.

—¡Pronto! —gritó Edmund—. Agarraos todos de las manos y manteneos bien juntos. Esto es magia; lo sé por la sensación que produce. ¡Rápido!

—Sí —corroboró Susan—. Tomémonos de la mano. Cómo deseo que pare... ¡Ay!

En un instante el equipaje, el asiento, el andén y la estación se habían desvanecido totalmente, y los cuatro niños, asidos de la mano y sin aliento, se encontraron de pie en un lugar frondoso, tan lleno de árboles que se les clavaban

las ramas y apenas había espacio para moverse. Se frotaron los ojos y aspiraron con fuerza.

—¡Cielos, Peter! —exclamó Lucy—. ¿Crees que es posible que hayamos regresado a Narnia?

—Podría ser cualquier sitio —respondió él—. No veo más allá de mis narices con todos estos árboles. Intentemos salir a campo abierto..., si es que existe.

Con algunas dificultades, y bastantes escozores producto de las ortigas y pinchazos recibidos de los matorrales de espinos, consiguieron abrirse paso fuera de la espesura. Fue entonces cuando recibieron otra sorpresa. Todo se tornó mucho más brillante, y tras unos cuantos pasos se encontraron en el linde del bosque, contemplando una playa de arena. Unos pocos metros más allá, un mar muy tranquilo lamía la playa con olas tan diminutas que apenas producían ruido. No se avistaba tierra y no había nubes en el cielo. El sol se encontraba donde se suponía que debía estar a las diez de la mañana, y el mar era de un azul deslumbrante. Permanecieron inmóviles olisqueando el mar.

—¡Diantre! —dijo Peter—. Esto es fantástico.

A los cinco minutos todos estaban descalzos y remojándose en las frescas y transparentes aguas.

—¡Esto es mejor que estar en un tren sofocante de vuelta al latín, el francés y el álgebra! —declaró Edmund.

Y durante un buen rato nadie volvió a hablar y se dedicaron sólo a chapotear y buscar camarones y cangrejos.

—De todos modos —dijo Susan finalmente—, supongo que tendremos que hacer planes. No tardaremos en querer comer algo.

—Tenemos los sándwiches que nuestra madre nos dio para el viaje —indicó Edmund—. Al menos yo tengo los míos.

—Yo no —repuso Lucy—, los míos estaban en la bolsa.

—Los míos también —añadió Susan.

—Los míos están en el bolsillo del abrigo, allí en la playa —dijo Peter—. Es decir: dos almuerzos para repartir en-

tre cuatro. No va a resultar muy divertido.

—En estos momentos tengo más sed que hambre —declaró Lucy.

Todos se sentían sedientos, como acostumbra a suceder después de remojar en agua salada bajo un sol ardiente.

—Es como si fuéramos náufragos —comentó Edmund—. En los libros siempre encuentran manantiales de agua dulce y transparente en las islas. Así que será mejor que vayamos en su busca.

—¿Significa eso que debemos regresar al interior de ese bosque tan espeso? —inquirió Susan.

—En absoluto —contestó Peter—. Si hay arroyos, seguro que descienden hasta el mar, y si recorremos la playa ya veréis como los encontraremos.

Vadearon de vuelta entonces y atravesaron primero la arena suave y húmeda y luego ascendieron por la arena seca y desmenuzada que se pega a los dedos, y empezaron a ponerse los calcetines y los zapatos. Edmund y Lucy querían dejarlos allí y explorar con los pies descalzos, pero Susan dijo que era una locura.

—¡Imaginaos que no volvemos a encontrarlos nunca! —señaló—. Además, los necesitaremos si seguimos aquí cuando llegue la noche y empiece a hacer frío.

Una vez que volvieron a estar vestidos, empezaron a recorrer la orilla con el mar a su izquierda y el bosque a la derecha. A excepción de alguna gaviota ocasional, era un lugar muy tranquilo. El bosque era tan espeso y enmarañado que apenas conseguían ver en su interior; y no se movía nada en él... ni un pájaro, ni siquiera un insecto.

Las conchas, las algas y las anémonas, o los cangrejos diminutos en charcas formadas en las rocas están muy bien, pero uno no tarda en cansarse de todo eso si tiene sed. Los pies de los niños, ahora que habían abandonado el frescor del agua, les ardían y pesaban; además, Susan y Lucy tenían que cargar con sus impermeables. Edmund había dejado el suyo sobre el asiento de la estación justo antes de

que la magia los sorprendiera, y él y Peter se turnaban en llevar el gabán de Peter.

Al rato la playa empezó a describir una curva hacia la derecha. Alrededor de un cuarto de hora más tarde, después de que hubieran atravesado una cresta rocosa que finalizaba en un cabo, la orilla giró bruscamente. A su espalda quedaba entonces el mar que los había recibido al salir del bosque, y en aquellos momentos, al mirar al frente, podían contemplar a través del mar otra playa, tan densamente poblada de árboles como la que estaban explorando.

—Oíd, ¿es una isla o acabarán por juntarse los dos extremos? —dijo Lucy.

—No lo sé —respondió Peter, y todos siguieron avanzando pesadamente en silencio.

La orilla por la que avanzaban se fue acercando cada vez más a la orilla opuesta, y cada vez que rodeaban un promontorio, los niños esperaban encontrar el lugar donde las dos se unían. Sin embargo se llevaron una desilusión. Llegaron a unas rocas a las que tuvieron que trepar y desde lo alto pudieron ver un buen trecho por delante de ellos.

—¡Caray! —exclamó Edmund—. No sirve de nada. No podremos llegar a esos otros bosques. ¡Estamos en una isla!

Era cierto. En aquel punto, el canal entre ellos y la costa opuesta tenía sólo unos veinte o treinta metros de anchura, pero se dieron cuenta de que era el punto en el que resultaba más estrecho. Después de eso, la costa por la que andaban doblaba de nuevo hacia la derecha, y podían ver el mar abierto entre ella y el continente. Resultaba evidente que habían dado la vuelta a más de la mitad de la isla.

—¡Mirad! —gritó Lucy de repente—. ¿Qué es eso?

Señaló una especie de larga cinta plateada y sinuosa que discurría por la playa.

—¡Un arroyo! ¡Un arroyo! —gritaron sus hermanos y, cansados como estaban, no perdieron tiempo en descender precipitadamente por entre las rocas y correr en direc-

ción al agua potable. Eran conscientes de que el agua del arroyo sabría mejor algo más arriba, lejos de la playa, de modo que se dirigieron sin pensarlo más al punto por el que surgía del bosque.

Los árboles seguían igual de tupidos, pero el arroyo había abierto un profundo curso entre elevadas orillas cubiertas de musgo, de modo que si uno se agachaba podía avanzar corriente arriba por una especie de túnel de hojas. Se arrodillaron junto al primer estanque de rizadas aguas oscuras y bebieron y bebieron, y sumergieron los rostros en el agua, y luego introdujeron los brazos hasta los codos.

—Bien —dijo Edmund—, ¿qué pasa con esos sándwiches?

—No sé, ¿no sería mejor guardarlos? —preguntó Susan—. Tal vez nos hagan mucha más falta después.

—Cómo desearía que, ahora que no tenemos sed, pudiéramos seguir sin sentir hambre como antes —dijo Lucy.

—Pero ¿qué hay de los sándwiches? —repitió Edmund—. De nada sirve guardarlos hasta que se estropeen. Tenéis que recordar que hace mucho más calor aquí que en Inglaterra, y hace horas que los llevamos en los bolsillos.

Así pues, sacaron los dos paquetes y los dividieron en cuatro porciones, y nadie tuvo suficiente, pero fue mucho mejor que nada. Después hablaron sobre sus planes respecto a la siguiente comida. Lucy quería regresar al mar y pescar camarones, hasta que alguien señaló que no tenían redes. Edmund dijo que lo mejor era buscar huevos de gaviota en las rocas, pero cuando se pusieron a considerarlo no recordaron haber visto ningún huevo de gaviota y, de haberlos encontrado, tampoco habrían podido cocerlos. Peter pensó para sus adentros que a menos que tuvieran un golpe de suerte no tardarían en darse por satisfechos si podían comer huevos crudos, pero no le pareció que sirviera de nada decirlo en voz alta. Susan manifestó que era una lástima que hubieran comido los sándwiches tan pronto, y

más de uno estuvo a punto de perder los estribos llegados a aquel punto. Finalmente Edmund dijo:

—Mirad. Sólo hay una cosa que se puede hacer. Debemos explorar el bosque. Ermitaños, caballeros y gente parecida siempre se las arreglan para sobrevivir si están en un bosque. Encuentran raíces y bayas y cosas.

—¿Qué clase de raíces? —quiso saber Susan.

—Siempre he pensado que se referían a raíces de árboles —manifestó Lucy.

—Vamos —dijo Peter—, Edmund tiene razón. Y debemos intentar hacer algo. Además, será mejor que volver a salir a la luz deslumbrante del sol.

Todos se pusieron en pie y empezaron a seguir el curso de agua, lo que resultó una tarea muy ardua. Tuvieron que agacharse bajo algunas ramas y pasar por encima de otras, y avanzaron a trompicones por entre grandes masas de plantas parecidas a rododendros. También se desgarraron las ropas y se mojaron los pies en el arroyo; y seguían sin oírse otros ruidos que no fueran el del agua y los que producían ellos mismos. Empezaban a sentirse muy cansados de todo aquello cuando percibieron un aroma delicioso y, a continuación, un destello de color brillante por encima de ellos, en lo alto de la orilla derecha.

—¡Caracoles! —exclamó Lucy—. Estoy segura de que eso es un manzano.

Y lo era. Ascendieron jadeantes la empinada orilla, se abrieron paso por entre unas zarzas, y se encontraron rodeando un viejo árbol cargado de enormes manzanas de un amarillo dorado, tan carnosas y jugosas como cualquiera desearía ver.

—Y éste no es el único árbol —indicó Edmund con la boca llena de manzana—. Mirad ahí... y ahí.

—Vaya, pero si hay docenas —dijo Susan, arrojando el corazón de su primera manzana y tomando la segunda—. Esto debía de ser un huerto, hace mucho, mucho tiempo,

antes de que el lugar se volviera salvaje y surgiera el bosque.

—Entonces, en el pasado la isla estaba habitada —dijo Peter.

—Y ¿qué es eso? —preguntó Lucy, señalando al frente.

—Cielos, es una pared —contestó Peter—. Una vieja pared de piedra.

Abriéndose paso por entre las cargadas ramas llegaron ante el muro. Era muy viejo, y estaba desmoronado en algunos puntos, con musgo y alhelíes creciendo sobre él, pero era más alto que todos los árboles excepto los más grandes. Y cuando se acercaron lo suficiente descubrieron un gran arco que antiguamente debía de haber tenido una verja, pero que en aquellos momentos estaba casi ocupado por el más grande de los manzanos. Tuvieron que romper algunas de las ramas para poder pasar, y cuando lo consiguieron, todos parpadearon porque la luz del día se tornó repentinamente mucho más brillante. Se hallaban en un amplio espacio abierto rodeado de muros.

Allí dentro no había árboles, únicamente un césped uniforme y margaritas, y también enredaderas, y paredes grises. Era un lugar luminoso, secreto y bastante triste; y los cuatro fueron hasta su parte central, contentos de poder erigir la espalda y mover las extremidades con libertad.

## Capítulo 2

### La vieja cámara del tesoro

—Esto no era un jardín —declaró Susan al cabo de un rato—. Esto era un castillo y aquí debía de estar el patio.

—Ya veo lo que quieres decir —dijo Peter—. Sí; eso son los restos de una torre. Y allí hay lo que sin duda era un tramo de escalera que subía a lo alto de las murallas. Y mirad esos otros escalones, los que son anchos y bajos, que ascienden hasta aquella entrada. Eso debía de ser la puerta que daba a una sala enorme.

—Hace una eternidad, por lo que parece —apostilló Edmund.

—Sí, hace una eternidad —coincidió Peter—. Ojalá pudiéramos descubrir quiénes eran los que vivían en este castillo; y cuánto tiempo hace de ello.

—Me produce una sensación rara —dijo Lucy.

—¿Lo dices en serio, Lu? —inquirió Peter, volviéndose y mirándola con fijeza—. Porque a mí me sucede lo mismo. Es la cosa más rara que ha sucedido en este día tan extraño. Me pregunto: ¿dónde estamos y qué significa todo esto?

Mientras hablaban habían cruzado el patio y atravesado la otra entrada para pasar al interior de lo que en una ocasión había sido la sala. En aquellos momentos la estancia se parecía mucho al patio, ya que el techo había desaparecido hacía mucho tiempo y no era más que otro espacio cubier-

to de hierba y margaritas, con la excepción de que era más corto y estrecho y las paredes eran más altas. A lo largo del extremo opuesto había una especie de terraza aproximadamente un metro más alta que el resto.

—Me gustaría saber a ciencia cierta si era la sala —dijo Susan—. ¿Qué es esa especie de terraza?

—Claro, tonta —intervino Peter, que se mostraba extrañamente nervioso—, ¿no lo ves? Ésa era la tarima donde se encontraba la mesa real, donde se sentaban el rey y los lores principales. Cualquiera pensaría que habéis olvidado que nosotros mismos fuimos en una ocasión reyes y reinas y nos sentamos en una plataforma igual que ésta, en nuestra gran sala.

—En nuestro castillo de Cair Paravel —prosiguió Susan en una especie de sonsonete embelesado—, en la desembocadura del gran río de Narnia. ¿Cómo he podido olvidarlo?

—¡Cómo regresa todo! —exclamó Lucy—. Podríamos fingir que ahora estamos en Cair Paravel. Ésta sala debe de ser muy parecida a la enorme sala en la que celebrábamos banquetes.

—Pero por desgracia sin el banquete —indicó Edmund—. Se hace tarde, ¿sabéis? Mirad cómo se alargan las sombras. ¿Y os habéis dado cuenta de que ya no hace tanto calor?

—Necesitaremos una hoguera si hemos de pasar la noche aquí —dijo Peter—. Yo tengo cerillas. Vayamos a ver si podemos reunir un poco de leña seca.

Todos encontraron muy sensata la sugerencia, y durante la siguiente media hora estuvieron muy ocupados. El huerto a través del cual habían llegado a las ruinas resultó no ser un buen lugar para encontrar leña. Probaron en el otro lado del castillo, saliendo de la sala por una puertecita lateral que daba a un laberinto de montecillos y cavidades de piedra que en el pasado habían sido sin duda corredores y habitaciones más pequeñas, pero que ahora eran todo orti-

gas y escaramujos olorosos. Fuera encontraron una enorme abertura en la muralla del castillo y a través de ella penetraron en un bosque de árboles más oscuros y grandes en el que encontraron ramas secas, troncos podridos, palitos, hojas secas y piñas en abundancia. Fueron de un lado para otro con haces de leña hasta que tuvieron una buena pila sobre la grada. En el quinto viaje descubrieron el pozo, a las puertas de la sala, oculto entre la maleza, pero profundo y de aguas limpias y potables una vez que hubieron retirado todas las malas hierbas. Los restos de un pavimento de piedra lo rodeaban en parte. Luego las niñas salieron a por más manzanas, y los niños encendieron el fuego sobre la tarima y muy cerca de la esquina entre dos paredes, que consideraron el lugar más cómodo y cálido. Experimentaron grandes dificultades para encenderlo y utilizaron gran cantidad de cerillas, pero acabaron por conseguirlo. Finalmente, los cuatro se sentaron con la espalda vuelta hacia la pared y el rostro en dirección al fuego. Intentaron asar algunas manzanas en las puntas de unos palos; pero las manzanas asadas no son gran cosa sin azúcar, y están tan calientes que, para comerlas con los dedos, hay que esperar hasta que están demasiado frías para que valga la pena comerlas. De modo que tuvieron que contentarse con manzanas crudas, lo que, tal como Edmund dijo, hacía que uno se diera cuenta de que, al fin y al cabo, las cenas del colegio no eran tan malas.

—No me importaría tener una gruesa rebanada de pan con margarina ahora mismo. ¡Estaría buenísima! —añadió.

No obstante el espíritu aventurero empezaba a despertar en todos ellos, y ninguno deseaba de corazón regresar al colegio.

Poco después de que comieran la última manzana, Susan salió al pozo para tomar otro trago. Cuando regresó llevaba algo en la mano.

—Mirad —dijo con una voz algo ahogada—, lo encontré junto al pozo.

Se lo entregó a Peter y se sentó en el suelo. A los demás les dio la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar. Edmund y Lucy se apresuraron a inclinarse al frente para ver lo que Peter tenía en la mano; era un objeto pequeño y brillante que relucía a la luz de la hoguera.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Peter, y su voz también sonó extraña; a continuación entregó el objeto a sus hermanos.

Todos vieron entonces de qué se trataba: un pequeño caballo de ajedrez, normal de tamaño pero extraordinariamente pesado debido a que estaba hecho de oro macizo; y los ojos de la cabeza del animal eran dos diminutos rubíes, mejor dicho, uno lo era, porque el otro había desaparecido.

—¡Vaya! —dijo Lucy—. Es exactamente igual que una de las piezas de ajedrez con las que jugábamos cuando éramos reyes y reinas en Cair Paravel.

—Anímate, Su —dijo Peter a su otra hermana.

—No puedo evitarlo —respondió ella—. Me ha recordado... una época tan hermosa... Y recuerdo cómo jugaba al ajedrez con faunos y gigantes buenos, y los tritones que cantaban en el mar, y mi hermoso caballo... y... y...

—Bien —dijo entonces Peter con una voz bastante distinta—, es hora de que los cuatro empecemos a usar el cerebro.

—¿Por qué lo dices? —inquirió Edmund.

—¿Es que ninguno ha adivinado dónde estamos? —preguntó su hermano mayor.

—Sigue, sigue —dijo Lucy—. Hace horas que presiento que hay algún misterio maravilloso flotando en este lugar.

—Adelante, Peter —exigió Edmund—. Todos te escuchamos.

—Nos encontramos en las ruinas de Cair Paravel —respondió su hermano.

—Pero, oye —replicó Edmund—; quiero decir, ¿cómo has llegado a esa conclusión? Éste lugar lleva en ruinas una eternidad. Mira todos esos árboles que crecen justo hasta